

vista de Berceo todos los vínculos de la sociedad, y desdeñando la autoridad humana, cuya potestad desconoce á menudo, la desafía y tal vez la vilipendia.

El efecto de semejante creencia no puede ser más trascendental en la pluma del cantor de los santos: impulsados por ella, abandonan los garzones á sus familias para retirarse al centro de las montañas, y huyen las doncellas de la casa paterna para encerrarse en el retiro del claustro, sepultando por siempre su juventud y su hermosura: bajo su escudo provocan y tienen en poco el enojo de los reyes aquellos austeros cenobitas, que fijan sus miradas en la eterna bienaventuranza, anhelan el momento de desprenderse del barro que en el suelo los aprisiona. Así, Santo Domingo de Silos y San Millan de la Cogulla, tipos de perfeccion monástica y religiosa, eficaces intercesores para con Dios y abogados ambos del pueblo castellano, dejando á su placer en mitad de los montes el ganado de sus padres, se recogen al desierto para consagrarse de lleno á la vida ascética: así Santa Oria (Aurea), desdeñando las caricias de su tierna y anciana madre, y hurtándose á sus desvelos, corre á ocultar la flor de sus tempranos años en la soledad de una celda; así tambien el prior de Silos, anteponiendo los intereses del claustro á todos los más altos y sagrados del mundo, niega al rey don Garcia de Navarra el subsidio ó ayuda que le pide para proseguir la guerra contra los sarracenos, y sin reparar en la santidad de la empresa ni en la legitimidad de la demanda, no vacila en excitar con su negativa la cólera de aquel soberano <sup>1</sup>. Los héroes de Berceo abjurando pues de cuantos sentimientos mantienen la sociedad humana, rompiendo todos sus lazos, constituyen un mundo aparte en medio de la sociedad misma, dominados de aquella idea exclusiva que absorbe toda su existencia.

<sup>1</sup> La escena entre el rey y Santo Domingo es notable y caracteriza la época. El rey, irritado al fin, exclama:

150 . . . . . Don Monge denodado,  
Fablades com' qui siede | en castiello alzado;  
Mas si prender vos puedo | de fuera del sagrado,  
Seades bien seguro | que seredes colgado.

La fé que anima á estos personajes, trasportándolos á ese mundo, donde sólo resplandecen las virtudes de la vida contemplativa, no es sin embargo la fé puramente evangélica. Berceo cree y siente como erejian y sentian el siglo y la nacion á que pertenece: aunque conservando aun parte de aquel primitivo candor que brilló en los primeros dias del cristianismo, exaltábase su fé en presencia de la contradiccion, extendiase y arraigábase profundamente en razon de los sacrificios que exigia y de los peligros que la rodeaban, y era, en una palabra, la fé de un pueblo empeñado en una guerra santa, cuyos sacerdotes ennoblecian y canonizaban sus órdenes sagradas, al entrar en lid sangrienta con los enemigos de su Dios y de su patria. Así, no es ya la fé pasiva y sublime de los mártires, que sólo aspira al dominio del corazon para iluminarlo y vivificarlo con su antorcha; sino la fé, que luchando ardentemente para alcanzar un triunfo material por medio de las armas, todo lo avasalla y somete á su imperio, llegando á menudo á rebajar la naturaleza divina hasta el cieno del mundo, y transigiendo á veces con todas las flaquezas y miserias de la carne. Con tal colorido aparece la creencia de Berceo, que haciendo intervenir á los Santos, á la Virgen Maria y al mismo Hacedor Supremo en los más insignificantes accidentes de la vida, ha sido tildada, bien que no con entero fundamento, de rebajar la religion cristiana hasta el punto de asemejarla al politeismo <sup>1</sup>. Pero ni era posible en modo alguno que para hacer sensible á la muchedumbre la proteccion divina, ideara y trasladase á sus libros más elevadas concepciones que las ya recibidas por la tradicion de doctos y vulgares, ni le era tampoco dable mostrar más apacibles y dulces afectos, cuando la religion, que en aquella edad, como en todas, era un sentimiento enérgico del corazon humano, se habia tambien trocado, segun ya conocen los lectores, en elemento político, cuyo desarrollo fomentaban grandemente las interminables guerras que conmovian en sus más profundos cimientos á la sociedad entera. Armada pues del hierro para extender su dominio, santificaba la religion todos los actos de la guerra, sirviéndole al par de bandera y de escudo, y comunicando á todos los sentimientos por ella engendrados cierto

<sup>1</sup> Sismonde de Sismondi, *Litt. du Midi*, tomo III, cap. XXIV.

vigor y rigidez, que los hacían al par intolerantes y exclusivos.

Ni ¿qué otro orden de ideas podía representar la poesía erudito-religiosa después de la gran victoria de las Navas, que no solamente había restaurado la libertad del suelo español, sino que fruto de una cruzada, levantada también en nombre de la religión, salvaba de las amenazas del Islam al conturbado cristianismo?... Mientras el poeta erudito, avasallado por los hábitos y las preocupaciones de escuela, desdeñaba celebrar directamente en sus *ys-torias* y *dictados* aquel extraordinario triunfo, dominado por el maravilloso efecto que en toda España produce, no pudo menos de exaltarse al verse libre de tan formidable peligro; y reconcentrado en su creencia, fortificóse en ella con la meditación y estudio de los antiguos ejemplos de piedad, comunicándoles nueva fuerza y más decisivos colores. Hé aquí la situación moral de Berceo: su entusiasmo religioso ardiente, poderoso, superior á todo otro sentimiento, muestra que es en él indivisible el imperio de la fé, como lo eran el principio que le servía de base y las consecuencias que de él emanaban, aun aplicado ya á la vida activa y penetrando en el terreno de la política. Por esto, cuando en el *Himno al Criador* exclama:

Un Dios é tres personas, | esta es la creencia;  
Un regno, un emperio, | un Rey, una esençia,

no solamente revela el dogma religioso de su época, sino que explica y desenvuelve también el dogma político del derecho divino, que partía directamente del primero, y que canonizado ya por la teología, comenzaba á ser reducido á verdad práctica por aquellos tiempos. Berceo crédulo, intolerante y hasta fanático, es el poeta religioso del siglo XIII, sin que sus aspiraciones eruditas templen ni modifiquen el fondo de su carácter, apareciendo á nuestra vista cual legítimo intérprete de aquella edad tan digna de madura consideración como ligeramente juzgada por algunos escritores modernos<sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Aludimos á Boutherweck, Sismondi y á los que han seguido sus huellas. El último, que sólo halló en Berceo «las ideas de una religión monacal», declara «que habla y piensa como un monje de todos tiempos, sin que

La significación de este poeta, así respecto de la historia del arte, en que logra señalado lugar, como respecto de los elementos de cultura que en sus obras revela, exige pues que nos detengamos algún tanto á examinarlas, confirmando por una parte cuanto llevamos observado y completando por otra el estudio literario de las mismas. Divididas del modo arriba expresado (si bien todas ostentan una misma erudición y domina en todas un mismo sentimiento) y abarcando los poemas en que prepondera la forma histórica, toda la vida de Berceo, pues que las de *Santo Domingo* y *Santa Oria* son probablemente el primero y el último de sus escritos<sup>1</sup>,—fácil nos parece comprender la índole literaria de aquella musa, que volviendo los ojos á los monumentos levantados por la piedad de otros siglos, sacábalos del dominio de la historia para traerlos al de la poesía docta, de la misma manera que los cantores populares tomaban de la tradición oral el asunto de sus producciones. Gonzalo de Berceo es por tanto un poeta esencialmente narrativo, aspirando en todas sus obras á sostener aquel tono épico-heróico, de que había hecho constante gala la literatura

nada caracterice su época con más exactitud que otra alguna» (*Hist. de la litt. du Midi*, tomo III, págs. 152 y 53, ed. de 1829). Sismondi, como nota un crítico francés de nuestros días, se dejó cegar en tal manera por el espíritu enciclopédico, que no supo contemplar las costumbres ni apreciar los sentimientos del siglo XIII, quilatando en consecuencia al poeta religioso de aquella época. Negando á Berceo la verdad del sentimiento, que es en suma la verdad poética, no reparó Sismondi en que negaba el carácter de la civilización española en el siglo XIII y con ella la historia: no comprendiendo la situación del escritor, le culpó de no reflejar con la misma fuerza que el *Poema del Cid* el sentimiento de la guerra, que era el patriótico; y puesto en esta pendiente, pasó adelante sin explicar lo que Berceo representaba ni en la esfera de las ideas, ni en la esfera del arte. El cantor de la piedad y de la virtud, cual Moratin le apellida, no puede ser conocido por la crítica de Sismondi y sus partidarios, bajo ningún aspecto.

<sup>1</sup> Sánchez opina, y procura probarlo, que la *Vida de Santo Domingo* fué la primera obra rímica de las que se conservan de Berceo (prólogo al tomo II, pág. XX); y como en la de *Santa Oria* dice el mismo poeta:

<sup>2</sup> Quiero en mi vejez, | magüer só ya cansado,  
De esta sancta virgen | romançar su dictado,

no hallamos repugnancia alguna en admitir la opinión que presentamos sólo como probable. De todos modos la consideración crítica tiene el mismo peso.

latino-eclesiástica, y empleando en todos los versos pentámetros, única metrificación digna en su concepto de la elevación que pretendía comunicarles <sup>1</sup>. Al seguir esta senda, sola tal vez para los eruditos de aquellos días, servíanle de pauta las historias religiosas más celebradas entre los mismos: Grimaldo, coetáneo y admirador del monje de Silos, le ofrecía la *vida* de este virtuoso varón, conocida ya de nuestros lectores; Bráulio, discípulo de San Isidoro, la de *San Millan de la Cogulla* <sup>2</sup>; Munio, monje benedictino, á quien confiaba Santa Oria todos sus secretos, la de esta bienaventurada virgen; Prudencio la del mártir español *San Lorenzo*, sembrada ya de prodigiosas anécdotas; brindándole por último los legendarios y santorales no menos que las tradiciones locales de Castilla, con aquellos maravillosos sucesos que la piedad calificaba de milagros y que la devoción atribuía á la Madre del Salvador, amparó y refugio de los pecadores. Y lo mismo sucede respecto de las demás composiciones: el *Sacrificio de la Misa* y los *Loores de Nuestra Señora* reconocen por fuente y raíz el Antiguo y Nuevo Testamento, no desechadas en orden al primero las enseñanzas de la liturgia; los *Signos del Juicio* hallan su origen en la exposición de los profetas, debida á San Gerónimo <sup>3</sup>; y el *Duelo de la*

1 Sólo en dos momentos faltó Berceo á este propósito, á saber: en la cantiga de los judíos, que pone al final del *Duelo de la Virgen*, y en el epitáfio de Santa Oria, que mencionamos ya en el *Ilustración IV* de la I.<sup>a</sup> Parte. La cantiga de los judíos, hecha á semejanza de los cantares del vulgo, tiene cierta estimación tocante á la historia de la poesía popular en el siglo XIII, según oportunamente advertiremos.

2 Es notable que Berceo se atuviera en todo á la *Vida de San Millan*, escrita por San Bráulio, bien que dividiéndola en tres libros, ampliando la narración y añadiendo muchas circunstancias poéticas: cuando escribió este poema, había recogido ya un monje del mismo monasterio, llamado Fernando, todos los milagros obrados desde la traslación del cuerpo de San Millan (1053) al año de 1105; obra que debió ser conocida indudablemente de Berceo, según despues notaremos, y que en el siglo XV fué puesta en castellano por otro monje.

3 Berceo escribe:

Querriavos contar | un poco de ratiello  
 Un sermon que fué priso | de un sancto libriello,  
 Que fizo Sant Iheronimo, | un precioso cabdiello.  
 Nuestro padre Iheronimo, | pastor que nos entienda,

*Virgen* tiene por fundamento la vida de San Bernardo, cuyas grandes virtudes se llevaban tras sí la admiración del Occidente.

Pero no porque al estudiar esta importante transformación del arte, procuremos recorrer el camino andado por Gonzalo de Berceo; no porque él mismo se precie de ser fiel intérprete de los libros que le sirven de norma; ni porque al fijar, finalmente, los principales rasgos que le caracterizan, confesemos que sigue la pendiente de los escritores eruditos, apareciendo sobre todo como narrador, carácter que ofrecían también los *yoglares de boca*, resolveremos con un crítico respetable que «se ciñó con poca invención á los asuntos históricos que se propuso desempeñar <sup>4</sup>», ni menos le despojaremos del lauro debido á su verdadero talento poético, cuando le vemos rodear de circunstancias nuevas y originales los mismos cuadros que toma de las historias latinas, animándolos de una manera propiamente dramática, ó bien le contemplamos añadiendo libros enteros á esas mismas historias, fundado en la tradición popular, aunque ya escrita, del pueblo castellano <sup>2</sup>.

Leyendo en ebreo | en esta su leyenda,  
 Trovó cosas extrannas | de extranna facienda:  
 Qui las oyr quisiere, | tenga que bien merienda.

1 Moratin, *Orígenes del teatro español*, nota 3.

2 Dejamos advertido que en la *Vida de San Millan* añadió Berceo muchas circunstancias poéticas, ajenas á la obra de San Bráulio; y debemos observar aquí que hizo otro tanto respecto de todas sus composiciones. En orden á la sustancia, no alterable sin exposición de caer en error, fué tan exacto como ya hemos consignado; mas en lo que se refiere á la exornación artística, puso de su cosecha cuanto su ingenio le consentía (lo cual no fué por cierto cosa despreciable), haciendo otro tanto respecto de los sentimientos y costumbres del siglo en que vive. Bajo este punto de vista Berceo es un poeta original y no ajeno de inventiva, como se ha escrito por respetables autores. Lástima que el intento, meramente religioso, que le anima al referir la batalla de Simancas, no le consienta dar mayor vuelo á su imaginación, pagando más ingenuo tributo al sentimiento patriótico; pero Berceo halló ya narrado, conforme á los privilegios que guardaba el monasterio de San Millan, este suceso por el monje Fernando; y obedeciendo á la tradición escrita, no fué árbitro de alterarla fundamentalmente, contentándose con enriquecerla de accidentes más ó menos bellos, bien que subordinados, según despues veremos, á sus propias

Ni pudiera sin grave injusticia negársele, á pesar de la situación contradictoria en que le hallamos colocado y de la rudeza de la lengua, el que dando vuelo á su fantasia y remontándose á las regiones del mundo invisible, traza á veces maravillosas y pintorescas descripciones, donde caldeada su imaginacion por el fuego de la creencia, contrasta grandemente lo elevado de la concepcion con lo sencillo de las formas. Elogiada es de todos los criticos la bellísima alegoria con que principian los *Milagros de Nuestra Señora*, y tenida por lo más acabado y feliz que sale de la pluma de Berceo <sup>1</sup>; pero no es en verdad el único pasaje de sus obras digno de ser tomado en cuenta para juzgarle y quilatar las dotes poéticas, de que le habia dotado la Providencia. Sin pasar de la *Vida de Santo Domingo de Silos*, donde ya nos presenta á este varon *lumne de las Espannas*, armado del báculo pastoril, dedicado al cultivo de las letras y consagrado al sacerdocio, ya retirado al yermo y recogido despues á la vida monástica, en que obtiene las primeras dignidades del claustro, hallamos cuadros copiosamente enriquecidos por la musa de don Gonzalo, ó rasgos de no escaso mérito, enteramente originales. Entre varios que pudieran citarse para egemplo de los primeros, bastará traer aquí la *vision de las tres coronas*, revelada á los monjes de Silos por el mismo santo:

229 Vedíame en suenos | en un fiero logar,  
Oriella de un flumen, | tan fiero como mar:

creencias y al sistema poético que de las mismas emanaba. En cuanto á la batalla de Simaneas, que algunos han tenido por obra distinta de la *Vida de San Millan*, y que otros juzgan una perifrasis del *privilegio de los votos*, desechado como apócrifo por casi todos los historiadores (Sarmiento, *Memor. para la hist. de la poes. cast.*, núm. 590), repetiremos con Sanchez que forma parte de dicha *vida*, sobre lo escrito por San Bráulio. La *Historia de los votos*, debida al monje Fernando á fines del reinado de Alfonso VI, existe, traducida al castellano, entre los Mss. de San Millan que posee hoy la Real Academia de la Historia, señalada con el núm. 61 de los mismos.

<sup>1</sup> Este pasaje, citado en compendios y manuales, comienza:

Yo maestro Gonzalvo | de Berceo nomnado,  
Iendo en romeria, | caeci en un prado,  
Verde, et bien sencido, | de flores bien poblado,  
Logar cobdiciaduro | pora ome cansado, etc.

Quiquiere avrie miedo | por á él se plegar,  
Ca era pauoroso, | et brauo de passar.

230 Ixien delli dos rios, | dos aguas bien cabdales;  
Rios eran muy fondos, | non poco regaiales:  
Blanco era el uno | como piedras de cristales;  
El otro plus vermeio | que vino de parrales.

231 Vedia una puente | enna madre primera;  
Avie palmo et medio, | ca mas ancha non era:  
De vidrio era toda, | non de otra madera;  
Era, por non mentirvos, | pauorosa carrera.

232 Con almátigas blancas | de finos ojolatones  
En cabo de la puent | estavan dos varones;  
Los pechos obresados, | mangas et cabeçones;  
Non dizrien el adouo | loquele, nec sermones.

233 La una destas ambas | tan onrradas personas  
Tenie enna su mano | dos preçiosas coronas  
De oro bien obradas: | omme non vió tan bonas,  
Nin un omme á otro | non dió tan ricas donas.

234 El otro tenie una | seys tanto mas fermosa,  
Que tenie en su cerco | mucha piedra preciosa;  
Mas lucie que el sol | ¡tanto era de luminosa!...  
Nunqua omme de carne | vido tan bella cosa.

235 Llamóme el primero | que tenie las dobladas,  
Que passasse á ellos, | entrasse por las gradas:  
Dixeli yo que eran | aviessas las pasadas;  
Dixo él que sin dubda | entrasse á osadas.

236 Metíme por la puente | magüer estrecha era,  
Passé tan sin embargo | como por grant carrera;  
Reçibiéronme ellos | de fermossa manera,  
Veniendo contra mí | en medio la carrera.

237 Frayre, plaznos contigo, | dixo el blanqueado:  
Tú seas bien venido | et de nos bien trouado;  
Venimos por deçirte | un sabroso mandado:  
Quando te lo dixieremos, | ternaste por pagado.

238 Estas [tres] que tú vedes | coronas tan onrradas,  
Nuestro Sennor las tiene | pora tí condesadas:  
Cata que non las pierdas, | quando las has ganadas,  
Ca querie el diablo | auértelas furtadas <sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Para comprobacion de las observaciones hechas arriba, y porque sea más fácil á nuestros lectores comprender la significacion de Berceo como poeta erudito, pondremos aquí algunas cláusulas de esta vision, narrada por Grimaldo:

«Videbam... in visione hac nocte me iuxta quemdam fluvium stare. De quo

Y para muestra de felices pinceladas, trascribiremos la pintura que hace el clérigo de Berceo de la oracion cristiana, llevada á los cielos por la Caridad; pensamiento que andando los tiempos, debia producir uno de los más celebrados cantos de la musa religiosa de Castilla <sup>1</sup>. Santo Domingo intercede por un cautivo, y

368 La oracion del padre | de la grand sanctidat  
Levóla á los cielos | la sancta Caridat;  
Plegó á las oreias | del rey de Magestat:  
Escapó el cautivo | de la captividat <sup>2</sup>.

Pero este linaje de cuadros y pinceladas abundan en los poemas histórico-religiosos de Berceo, sin que la nieve de los años bastara á apagar el entusiasmo que en su pecho despertaba la contemplacion de las regiones celestiales. El poema de Santa Oria, escrito como ya sabemos en los últimos dias de su vida, se compone en

fluvio emanabant duo magni rivi nimium profundi, unus retinens ad instar lactis colorem candidum, alter vero ad similitudinem sanguinis, sanguineum. Et dum ambo rivi de supra dicto fluvio procedere michi viderentur, alter tamen alteri non iungebatur. Super fluvium vero videbatur michi esse pons vitreus, spatium palmi et dimidii habens amplitudo illius, in cuius pontis extremitate stabant duo viri, ultra humanam pulcritudinem pulcerrimi, vestibus albis induti, quorum pectora zonis aureis, miro fulgore fulgentibus, erant precinta. Et unus ex his duas coronas aureas, nimio et incredibili splendore splendentes, in manu tenebat: alter vero unam solam ferebat, qua septiplici fulgore illas duas, quas alter tenebat, superabat», etc. (*Vida y Milagros del Thaumaturgo español*, etc., págs. 343 y 346).

Obsérvense pues las circunstancias originales que ingiere Berceo, debiendo no obstante tenerse entendido que es esta vision uno de los pasajes, en que con mayor exactitud sigue el Ms. de Grimaldo.

<sup>1</sup> Hablamos de la magnífica personificacion que ya en el siglo XVII hizo de la oracion fray Diego de Hojeda en el lib. II de la *Cristiada*, poema que en lugar oportuno examinaremos.

<sup>2</sup> No pasaremos adelante sin notar que si bien es grande la consideracion que nos merece la edicion de Sanchez, restablecemos algunas lecciones de este y otros pasajes conforme á los Mss. más antiguos de Berceo que tenemos á la vista. Entre otros nos sirve aqui el que fué de la Bibl. de Monserrate, y hoy posee la Real Academia de la Historia (Est. IV, grad. I.<sup>a</sup>, H. 18). Este códice, escrito en pergamino y papel á principios del siglo XIV, consta de 18 fojas fól. mayor, á dos columnas, y es uno de los más apreciables de Berceo, por lo cual creemos que no será mal recibido su facsimile.

la mayor parte de místicas visiones, donde pintando los goces de la eterna bienandanza, parecen preludiarse las beatificas apariciones de la *Divina Commedia*. En la primera vision, de que sólo nos es dado presentar ligeros extractos, se muestran á la santa las vírgenes Ágata, Olalla y Cecilia, brillando como estrellas y ostentando en sus diestras sendas palomas, más blancas que la nieve no tocada: todas tres la invitan á seguir sus huellas hácia las mansiones celestes, y Olalla le añade:

37 Guarda esta palomba, | todo lo ál olvida:  
Tú vé do ella fuere; | non serás deçebida.

Levantada la paloma en los aires, síguela Oria, llegando con las otras vírgenes á desusada altura, donde

Vieron un buen árbol, | cimas bien compasadas,  
Que de diversas flores | estauan bien pobladas.

44 Verde era el ramo | de fojas bien cargado;  
Facía sombra sabrosa | et logar muy temprado:  
Tenía redor el tronco | maravilloso prado;  
Mas ualía esso solo | que un rico regnado.

45 Estas quatro doncellas, | ligeras mas que viento,  
Ovieron con este árbol | plaçer et pagamiento:  
Sobieron en el árbol | todas de buen talento:  
Ca auían en él folgura, | en él grant complimiento.

46 Estando en el árbol | estas duennas contadas,  
Sus palombas en manos, | alegres et pagadas  
Vidieron en el cielo | finiestras foradadas;  
Lumbres salian dellas, | de dur serian contadas.

47 Salieron tres personas | por essas aberturas,  
Cosas eran angélicas | con blancas vestiduras;  
Sendas vergas en manos | de preciosas pinturas:  
Vinieron contra ellas | en humanas figuras.

Trasportadas al cielo por estos cuatro varones, se ofrece á vista de Oria el maravilloso espectáculo de aquella *córte*, que se regocija con la venida de *essa serraniella*; y dejados atrás diferentes coros de sacerdotes, *calonges* y obispos, entre los cuales reconoce algunos virtuosos prelados de Castilla, fallecidos en su tiempo, llega al de las vírgenes, quienes saliendo á recibirla *de voluntat pagada*, le dan testimonio de cordial amor y alegría:

67 El coro de las Vírgines, | una fermosa az,

Diéronli á la freyra | todas por órden paz;  
Dixéronli:—Contigo | mucho [virgen] nos plaz:  
Para en esta compañía | digna eres assaz.

- 68 Esto por nuestro mérito | nos non lo ganariemos;  
Esto en que somos, | nos non lo mereçiemos:  
Mas el nuestro Esposo, | á quien voto fiçiemos,  
Fizonos esta gracia | porque bien lo quisiemos.

Despues de saber que existe en aquel feliz coro Urraca, su maestra, cuya voz oye á lo léjos, sin que logre descubrir su semblante, y ya

- 77 En cabo de las Virgines, | toda la az posada,  
Falló muy rica siella | de oro, bien labrada;  
De piedras muy preciosas | toda engastonada:  
Mas estaba vacia | et muy bien seellada.

- 79 Una duenna fermossa, | de edat mancebiella,  
Voxmea auia nombre, | guardaua esta siella:  
Daria por tal su regno | el rey de Castiella,  
Et seria tal mercado | que seria por fabliella.

- 91 Vistia esta manceba | preciosa vestidura:  
Mas preciosa que oro, | mas que la seda pura;  
Era sobresennada | de buena escritura;  
Non cubrió ome vivo | tan rica cobertura.

Los mártires y los apóstoles, cuya corona es Jesus, forman las últimas gerarquias celestiales, que aparecen á vista de Oria; pero fija en la mente de esta la imágen de aquella silla de admirable belleza, que

Como rayos de el sol | assi relampagaba,

pregunta á Voxmea su destino, sabiendo que le estaba preparada poco despues de la muerte. Vivo deseo de poseerla desde luego se apodera de la virgen reclusa, á cuyos oidos llega la voz del Hacedor Supremo, anunciándole que aun no ha sonado para ella la hora de *habitar* en el cielo. Oria despierta en aquel punto:

- 109 Abrió ella los oios, | cató en derredor,  
Non vido á las mártires | ovó muy mal sabor;  
Vídose alongada | de muy grande dulzor;  
Avia muy grande cuyta | et sobeio dolor.

Enojoso creemos el multiplicar los pasajes, en que brilla la

musa de Berceo, deleitándose en fantásticas descripciones, y manifestando que si logra á menudo el acierto, no es menos ostensible la lucha entre sus facultades poéticas y los medios que el arte podia á la sazón ministrarle, segun queda antes advertido. Mas tan acostumbrado estaba á este género de pinturas, que aun al bosquejar las escenas de la vida activa, logra sólo animarlas con la intervencion sobrenatural de los santos, obedeciendo de esta manera al principio de accion que servia de base á todas sus producciones. Los cantores del Cid, teniendo por objeto principal las proezas de este héroe, habian trazado de mano maestra, con vigorosos aunque breves rasgos, los terribles combates, en que el valor de los castellanos sacaba triunfante los pendones de la cruz sobre las enseñas de la morisma: Berceo, que á pesar de verse obligado á emplear en sus poemas religiosos el lenguaje bélico de los españoles <sup>1</sup>, atendia exclusivamente á ensalzar las virtudes de los santos, somete esas mismas hazañas á su poderosa é incontrastable intercesion en mitad de las lides, siendo estas por tanto cosa secundaria en su consideracion, lo cual no puede menos de trascender á sus versos. Al recordar por egemplo en la *Vida de San Millan* la batalla de Simancas, no escribe ya como cantaban los *yoglares de boca*, para excitar el entusiasmo de la muchedumbre, ni para elogiar el esfuerzo de don Ramiro, ni para traer á la memoria del pueblo castellano el indomable heroismo de Fernan-Gonzalez: el único intento que le mueve es recordar *cómo*, ayudado por el patron de las Españas, *ovo ganado San Millan los votos*, que hacian tributarios del monasterio de Suso gran número de pueblos de Castilla, procurando al propio tiempo despertar la devocion, que supone algun tanto resfriada <sup>2</sup>. Así describe, pues,

<sup>1</sup> Aunque no creemos ser los primeros en hacer esta observacion, parece-nos conveniente notar que Berceo llama el *adalit caboso* á Santo Domingo (copla 441), diciendo para ponderar la muchedumbre de una clase: *mesnadas de clerecias* (copla 530), *fonsado de enfermos* (copla 537), *fonsado de bispos et abades* (copla 668), y apellidando *alferiz del Criador* á San Miguel (copla 683); prueba evidente de cuánto podia en su ánimo, á pesar de su eruditismo, la vida real del pueblo castellano.

<sup>2</sup> El poeta exclama:

479 Si estos votos fuesen | leialmente enviados,